



## Capítulo 4

### Salud y enfermedad en la Biblia: una trama entre el pecado y la gracia desde una perspectiva teológica<sup>11</sup>

Fernando Antonio Zapata Muriel y Gloria Cecilia Quintero García

<https://doi.org/10.22209/9786289681208.C4>

A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: —Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres? —Ni él pecó, ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida.

**Juan 9:1-3**

#### **Introducción: un atisbo a los conceptos *salud y enfermedad***

La enfermedad era vista desde el Antiguo Testamento como un castigo de Dios debido al pecado cometido por el ser humano. Esta visión es superada por Jesús, el hijo de Dios, quien con su poder y su gracia manifiesta que no es la culpa del ser humano la que aparece reflejada allí, sino la gloria de Dios (Juan 9:3) que ha de manifestarse a este y al mundo para que crean.

En la Biblia, la salud es bendición de Dios y son prototipos de hombres saludables los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Aarón, entre otros; mientras, en el Nuevo Testamento, Jesús, María y los apóstoles dan cuenta de esta condición saludable. De otro lado, la enfermedad se ve reflejada en hombres como Job, en el pueblo de Israel herido por

<sup>11</sup> Capítulo original derivado del proyecto de investigación *La Interculturalidad en clave de fraternidad en el pensamiento social y teológico de Ramón Llull y del papa Francisco (2022-2023)*, realizado en convenio por el Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos (CIDEH) de la Universidad San Buenaventura de Medellín y la Corporación Universitaria Uniremington. Código M8838.

diversas plagas: ranas, piojos, mosquitos, moscas, úlceras, sarpullidos, langostas y saltamontes (Éxodo 7:14; 11:10); la ceguera de Tobías; el sufrimiento generado a Sara por el demonio Asmodeo; la lepra de Naamán, el sirio, y la curación del profeta Eliseo. Otros casos son la enfermedad de Ezequías, uno de los mejores reyes de Israel, o la súplica a Yahveh y la alegría al sentirse escuchando y curado por Dios.

En el Nuevo Testamento, la salud es devuelta a personas que padecen de diversas enfermedades espirituales, psicosociales y biológicas: Lázaro, a quien Jesús resucita; asimismo, la hija de Jairo; el ciego de Betsaida, y el ciego Bartimeo. Algunos leprosos, paralíticos, sordos y mudos, entre otros, dan cuenta de los milagros de Jesús y de cómo este devuelve la vida a los muertos y cura a los enfermos.

La salud es un estado de bienestar eco-bio-psico-socio-espiritual, habita en todo ser humano y depende de cómo cada uno la alimenta. En la tradición hipocrática existe una afirmación clave para la relación cuidado de sí-ética: «que tu alimento sea tu salud». Esta es una invitación a cuidar y alimentar todas las dimensiones del ser humano antes mencionadas. Este proceso comprende un aprendizaje continuo en el ámbito de la integralidad de la persona: cuerpo, mente y espíritu.

Por la vía contraria puede inferirse que la enfermedad viene al ser humano para romper el equilibrio del organismo. Hay enfermedades por todas partes: en Europa, en Asia, en África, en América; en países tropicales y en los fríos; en naciones civilizadas y en tribus salvajes; hombres, mujeres y niños se enferman y mueren. Hay enfermedades en todas las clases sociales... Las riquezas no pueden comprar exenciones de ellas. Los que están en altos rangos no pueden prevenir sus embates... Las enfermedades son de todo tipo y descripción. Desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, estamos expuestos a las enfermedades... La enfermedad es, a menudo, una de las lecciones más humillantes y angustiantes que le pueden suceder al ser humano (Ryle, 2020, p. 1).

El constructo salud es definido como «un estado de bienestar físico, mental y social completo y no meramente la ausencia de enfermedad o padecimiento» (Organización Mundial de la Salud, oms, 2004a, p. 14).

Según Zapata (2014, p. 81), la etimología del término *salud* comparte la misma raíz latina del concepto cristiano salvación: *salus* (nominativo), *salutis* (genitivo), de la raíz *salvus* (salvo, entero), que son sinónimos desde el ámbito espiritual-trascendente como liberación (en el hinduismo) e iluminación (en el budismo).

Lo anterior plantea un interrogante: en la definición de salud propuesta por la OMS, ¿dónde se ubica la dimensión espiritual? Este es un vacío percibido hoy, cuando se concibe al hombre como un ser integral, y la espiritualidad como una dimensión esencialmente humana que puede vivirse tanto desde la perspectiva espiritual como espiritual-trascendente. Lo sagrado aparece como «un elemento de la estructura de la conciencia humana, no como un estadio en la historia de esta conciencia» (Eliade, 1967, p. 17). Así, se puede colegir que la salud como estado de bienestar implica no solo lo bio-psico-social, como lo expone la OMS, sino, además, lo eco y lo existencial (espiritual), que parten de una concepción holística del ser humano.

La enfermedad, por su parte, puede concebirse como una pérdida de firmeza, de autoafirmación del yo, como generadora de malestar en el organismo y dificultad para alcanzar un estado de felicidad, de paz, de unidad y de alegría. La enfermedad hace perder firmeza al ser humano (*infirmo*: no firme); lo hace asténico, vulnerable (del latín *vulnus*: herida, golpe, punzada, desgracia, aflicción).

Salud y enfermedad incluyen la integralidad del ser partiendo de dos principios: el primero, en el universo todo está conectado, y el segundo: el hombre es un ser holista, integral, es unidad en medio de su pluridimensionalidad. En este sentido, es urgente comprender como: «sin salud mental no hay salud» (OMS, 2004b, p. 14). Este postulado corrobora la importancia de la salud mental, para el logro del bienestar y del bien ser del hombre en sentido integral, mucho más si se rescata su relación con la espiritualidad. En lenguaje bíblico, la salud es signo de estar en gracia de Dios, de ser fiel a Yahvé; esta traerá como consecuencia la prosperidad, la abundancia y la longevidad.

En esta misma dirección, la OMS describe la salud mental como «un estado de bienestar en el cual el individuo se da cuenta de sus propias aptitudes, puede afrontar las presiones normales de la vida, puede trabajar productiva y fructíferamente, y es capaz de hacer una contribución a su comunidad» (OMS, 2004b, p. 14). De este modo, la salud mental es el fundamento para la bienandanza y el funcionamiento efectivo del individuo y la comunidad. Ella es una necesidad y una búsqueda humana que se satisfará y encontrará en la medida cuando el hombre se encuentre, dialogue consigo mismo e indague por sí mismo.

### **Salud y enfermedad en el Antiguo Testamento**

Respecto al tema de la salud y la enfermedad como se aborda en el Antiguo Testamento, Juan Luis de León Azcárate (2011) afirma que

lo que la Biblia entiende por salud y enfermedad, dista algo de la concepción de este binomio en la cultura occidental, que, para definir el concepto de enfermedad, distingue tres perspectivas de significado, sirviéndose de la lengua inglesa: la dimensión física o biológica (*disease*), la subjetiva o personal (*illness*) y la dimensión social (*sickness*). (p. 1)

En este sentido,

la dimensión física o biológica (*disease*) de la enfermedad no suele ser detallada en la Torá, con excepción del caso de las enfermedades cutáneas y en el contexto del binomio «pureza»/«impureza» (Lv 13-14). La dimensión social (*sickness*), encuadrada en el contexto de la alianza, es lógicamente la dominante. Escasa y parcial es la dimensión subjetiva de la enfermedad (*illness*) muchas veces silenciada. (De León Azcárate, 2011, p. 5)

Por su parte, como refiere Stolz (1978, pp. 789-793), la Biblia, al definir la enfermedad, no ofrece una homogeneidad semántica. La raíz más importante y habitual para nombrar el concepto de enfermedad es *hllh* (*holeh*), término sin correspondientes directos en las demás lenguas semíticas, que suele designar una situación de debilidad, flojera y agotamiento, de fuerza vital quebrantada.

De acuerdo con Mester (s. f., p. 4), en Eclesiástico 38:1-15 se enseña cómo proceder en la enfermedad: después de haber hecho las paces y las ofrendas, se debe llamar también al médico, pues la posibilidad de curar del médico, así como de la medicina, no proviene de ellos, sino de Dios. Por esto, el texto recomienda incluso que el propio médico rece por sus enfermos.

Para el israelita, es claro que no solo la idolatría trae enfermedad y muerte espiritual y hasta biológica, como ocurrió con los filisteos que robaron el arca a Israel cuando asesinaron a Jofni y Finnes (hijos de Elí), quienes habían prostituido su ministerio al desobedecer el mandato de Dios. Por su parte, los filisteos, fueron castigados con enfermedades y tumores en cada pueblo al que llevaban el arca.

Una de las primeras escenas en que salud y enfermedad están presentes acontece con las plagas de Egipto: la conversión del agua en sangre; la invasión de las ranas, los piojos, los mosquitos y las moscas; la peste del ganado; las úlceras y el sarpullido; la lluvia de fuego y de granizo, o las langostas y los saltamontes (Éxodo 7:14; 11:10). La enfermedad aquí es integral, abarca al cosmos en sus distintas especies (animal, vegetal y humana) y en los diversos ecosistemas (acuáticos, terrestres y aéreos). Dios condena a los egipcios a un sufrimiento en grande generado por estas plagas, que tendrán como culmen la muerte de los primogénitos.

De otro lado y en términos de salud, Job gozó de salud (1:1 y ss.) hasta que —con el permiso de Yahveh— fue desafiado por el diablo con la muerte de sus hijos, la pérdida de todas sus riquezas y luego fue herido con la lepra. A consecuencia de ello, Job es acusado por sus amigos Elifaz, Bildad y Zofar de hacer el mal (Job 4:23) y le dicen: «recuerda ahora, ¿quién siendo inocente ha perecido jamás? ¿O dónde han sido destruidos los rectos? Por lo que yo he visto, los que aran iniquidad y los que siembran aflicción, eso siegan» (Job 4:7-8).

Caso contrario ocurrió a Tobías, quien siendo tan justo como Job, después de padecer la ceguera tras el encuentro con el arcángel Rafael, obtiene no solo la luz y puede recuperar la vista, sino, además, la protección de Dios para su hijo. Rafael lo conduce y lo protege en el viaje,

así como le ayuda a contraer matrimonio siguiendo la ley del levirato con su familiar Sara (Tobías 3:7-15), que estuvo poseída hasta este momento por el demonio Asmodeo, quien asesinó a sus siete esposos la misma noche de bodas.

La salud y la enfermedad se dejan ver también en la alianza de Yahvé con su pueblo Israel. Esta es la dimensión social de la enfermedad (*sickness*). Ser fieles a la alianza es fuente de salud para el pueblo y, por su parte, la infidelidad traerá enfermedad y todo tipo de desgracias, incluida la muerte prematura (De León Azcárate, 2011, p. 6).

La enfermedad también pone en sintonía pueblos enemistados como ocurre con Siria e Israel. Cuenta el Libro de los Reyes que Naamán, el sirio, tenía lepra y una hebrea que trabajaba en el palacio habló de Eliseo, hombre de Dios y profeta de Israel, quien de un modo sencillo mostró la grandeza de Yahveh —Dios de Israel— al enviar a Naamán a bañarse durante siete días en el río Jordán, hasta que su carne y su piel quedaron como las de un niño (2 Reyes 5:1-19). De este modo, la relación de estos pueblos cobra sintonía, y se armoniza el sentido de colaboración y protección entre ellos. La salud devuelta al extranjero por gracia de Yahveh, a través del profeta, se convierte en generadora de paz para los pueblos.

El mismo Eliseo es quien levanta no solo de la enfermedad, sino también de la muerte al niño de aquella pareja que lo acogía en su casa cada vez que el pasaba por allí. La mujer era estéril y el mismo profeta, un día, a ella y a su marido les profetizó que al año siguiente tendrían un hijo, y así fue; no obstante, el niño enfermó cuando estaba un poco crecido. El profeta intervino pidiendo a Dios misericordia para aquella buena familia, y Dios, al escuchar el clamor del profeta, devuelve la vida al niño, como también retorna la paz y la alegría a su familia (2 Reyes 4:16-37).

Ya en el siglo VIII a. C., Ezequías, uno de los mejores reyes de Israel, cae en cama por una enfermedad de muerte. El buen rey suplica a Yahveh que libre al país del olvido y del reino de la muerte; Yahveh, al atender su clamor y devolver el reloj, le concede otros quince años de vida (Isaías

38:1-8). El rey, en medio de su alegría, exclama: «me has curado, me has hecho revivir, la amargura se me volvió paz, cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía [...] los vivos, los vivos son quienes te alaban señor como yo ahora» (Isaías 38:16-20).

Una lectura teológica permite ver que estas escenas narradas en el Antiguo Testamento enseñan cómo la enfermedad sacude a cualquier ser humano: hombre o mujer, sin distinciones de ninguna índole, sea rico, pobre, bueno o malo, niño, adulto, poderoso (Ezequías, Naamán), o persona sencilla (Sara). Asimismo, la enfermedad afecta la vida integral, en lo personal; en su contexto cercano, el hombre se ve diezmado, pero la fe como gracia y virtud teológica aparece como una constante en el ser humano del Antiguo Testamento, por lo que la misericordia y compasión de Dios dejan ver su gran poder, su amor por el pueblo y su deseo de salvar al hombre tanto del pecado. Las infracciones atentan contra su vida espiritual, así como sucede en la enfermedad física. Desde una perspectiva teológica, el pueblo constata: Yahveh es un Dios que salva.

Los binomios salud-enfermedad y pecado-gracia aparecen en la Biblia en íntima conexión, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento se desarrolla en el pueblo de Israel, es el territorio de Palestina, mientras que el Nuevo Testamento se desarrolla en el pueblo de Israel, en pleno Imperio romano, en el siglo I d. C. En el Antiguo Testamento —de acuerdo con la ley de la retribución—, el pecado de los padres se perpetúa en los hijos hasta la tercera o cuarta generación. Y la consecuencia de este es la enfermedad. Esta ley se romperá con el profeta Ezequiel; así, desde el siglo VI a. C., cada uno será responsable de sus culpas (Ezequiel 18:1-4; 4:19-23).

En el Antiguo Testamento, es observable y digna de estudiarse la enfermedad en hombres como Tobías, que significa ‘Dios es bueno’ (Tobías 2:9-10); el rey Ezequías, que significa ‘Mi fuerza es Yahveh’ o ‘Dios me fortalece’ (2 Reyes 20:1-6; Crónicas 32: 24-26; Isaías 38:1-22)—; asimismo, en hombres como Job, del hebreo *Lyon*, que significa ‘Aquel que soporta penalidades’, y en Naamán, el sirio, que significa ‘agradable’ (2 Reyes 5:1-6).

Podría preguntarse en contexto bíblico: ¿cuál es la causa de la enfermedad? En el principio, era el caos (confusión, oscuridad, tiniebla), pero cuando Dios crea el orden impera, sin embargo, el ser humano (hombre y mujer), creado a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:27). En el paraíso (Genesis 2:8-15) —por orgullo o por soberbia— hombre y mujer desobedecen a Dios, no lo escuchan, pero sí atienden la voz de la serpiente que los seduce (Génesis 3:1-7) hasta cometer el pecado (del griego *ἁμαρτία*: errar el tiro, no dar en el blanco, o *hamartein*, y del latín *pecco*, de *pedico*: tropezar, cometer una falta). Es importante recordar con García y de La Lama (2006):

La astucia de la serpiente ha consistido en atraer a la mujer a la materia de conversación que mejor se avenía a sus propósitos. Ganado este punto, la serpiente ha conseguido introducir un principio de desequilibrio en la intervención de Dios en la vida humana. (p. 4)

Este relato mítico del pecado de Adán y Eva es reconocido bíblicamente como el pecado original (Génesis 3:1-24), permite ver como ellos rompen no solo su relación con Dios, sino que crean además el desorden, el caos, la enfermedad en toda su diversidad (ecológica, biológica, psicológica, social y espiritual). Esta será su gran consecuencia. El hombre y la mujer son expulsados del paraíso, pierden todos sus privilegios; así,

el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte (Romanos 5:12). El pecado es la causa de toda enfermedad, dolencia, dolor y de todo sufrimiento en la tierra. Todo esto es parte de la maldición que vino al mundo cuando Adán y Eva comieron el fruto prohibido y cayeron. No habría ninguna enfermedad si no hubiera habido ninguna caída. No habría ninguna enfermedad si no hubiera habido ningún pecado. (Ryle, 2020, p. 2)

Cabe anotar que este relato es mítico; el mito no es historia, sino una narración en torno a cómo pudieron surgir las cosas en tiempos primordiales. Dicha narración es verdadera, sagrada, ejemplar, propia de una cultura. Esta es la intención del autor sagrado del Génesis en los capítulos 1-11, en los que esboza una prehistoria bíblica, fundamentada en algunos mitos.

Así pues, los mitos del diluvio universal (Génesis 7: 1-8, 22) y la torre de Babel (Génesis 11:1-9) esbozan la necesidad de una nueva creación, en ellos se ven problemáticas en el orden ecológico y social, ya percibidas en la historia bíblica de Abraham en el relato de Sodoma y Gomorra. Estas dificultades generan la destrucción de estas ciudades (Génesis 19:1-29), por lo que cabe preguntar: ¿obedecerán los desórdenes al incremento de este caos generado por Adán y Eva?

El pueblo de Israel se ubica en el contexto oriental; por ello, es importante comentar con Armstrong (2010, p. 1) que en el antiguo Oriente se miraba la enfermedad como una plaga causada por espíritus maléficos o enviada por dioses irritados al ser irrespetados o ser infieles al culto. Para obtener la curación se practicaban exorcismos destinados a expulsar a los demonios y se imploraba el perdón de los dioses con súplicas y sacrificios. Así, la medicina era ante todo cosa de los sacerdotes y en parte estaba cerca de la magia, aunque también existían los médicos.

La Biblia habla de muchas enfermedades generadas desde diversas zonas y órganos de nuestro organismo. Las observaciones médicas se limitan solo a lo observable y percibido por los sentidos: heridas o afecciones en la piel, fracturas, fiebre y agitación (Salmos 6; 32; 38; 39; 88; 102). Además, no se indaga mucho por sus causas naturales.

En el contexto bíblico, como se mencionó anteriormente, se considera la enfermedad como un estado de flaqueza y debilidad. Los verbos hebreos *halah* y *hanash*, y el sustantivo *hali*, así como los sustantivos griegos *astheneia* y *nosos*, dan cuenta de una situación de debilidad. Si la «vida» es considerada una fuerza sostenida por la bendición divina, la enfermedad es inestabilidad, desequilibrio, pérdida de armonía (Armstrong, 2010). Sin embargo, una lectura teológica del Antiguo Testamento deja ver que, en el siervo de Yahveh, nuestras heridas fueron curadas (Isaías 53:5). Mientras tanto, el Nuevo Testamento da cuenta de que Jesús sanaba toda enfermedad y curaba toda dolencia (Mateo 4:23; 9:35).

Cabe recordar en el contexto neotestamentario, Zaqueo, jefe de los publicanos, sufría acondroplasia, un tipo de enanismo de origen hereditario en el cual las extremidades inferiores son más cortas (Lucas

19:1-9). La lepra, hoy reconocida como enfermedad de Hansen, hacía a la persona impura; el leproso era condenado al ostracismo, alejado de la sociedad, tenía que vivir solo con otros leprosos. Los sacerdotes eran los encargados de declararlos limpios para permitirles volver a la vida en sociedad si sus llagas se secaban y no se multiplicaban (Levítico 13:6).

Como señala Sendrail (1983), puede encontrarse el mismo término aplicado a enfermedades y contextos aparentemente distintos. Así, por ejemplo, el término hebreo que designa las «úlceras malignas» de Job (2:7) (*shehin*) es el mismo que el de la sexta plaga de Egipto (Éxodo 9:9-11), el de las «úlceras de Egipto» (Deuteronomio 28:27; Deuteronomio 28:35), y el de la enfermedad de Ezequías (2 Reyes 20:7). Sin olvidar que en Levítico 13-14 el mismo término *tsara'at* se utiliza indistintamente para indicar «lepra», como también para señalar muchas dermatosis o enfermedades cutáneas, e incluso las manchas de los vestidos o el deterioro de los muros de las casas.

Así como se habla de diversas enfermedades, puede afirmarse que la enfermedad puede ser padecida por un pueblo o por una persona, como castigo por su pecado o como consecuencia del pecado de los padres. La curación se obtendrá por la fe, con la ayuda de la oración y la presencia de hombres instrumentos de Dios, como ocurrió con la curación de Naamán por parte del profeta Eliseo.

### **En estas situaciones, ¿cómo aparece Dios? ¿Cuál es su rol?**

Mester (s. f.) afirma que la curación de muchas enfermedades se obtiene por medio de medicinas. En la Biblia se mencionan medicinas caseras y propuestas por gente del pueblo, entre ellas:

Vino para desinfectar heridas (Lc. 10, 34); masa de higo para curar úlceras (Is. 38, 21); colirio para los ojos (Ap. 3, 18); aceite para ablandar las heridas (Is. 1, 6; Lc. 10, 34); baños para las enfermedades de la piel (2 Re. 5, 10); provocar el vómito para sentir alivio en el estómago (Eclo. 31, 21); hierbas y raíces (Sab. 7, 20; Eclo. 38, 4); miel (Prov. 24, 130, hiel, corazón e hígado de pez (Tobías 6, 5, 7-9; 11,1-3), etc. (Mester, s. f., p. 4)

Ya desde la fe del pueblo y su lectura teológica de la vida, Dios aparece primero en el papel de médico que sana: «Yo soy el señor que les devuelve la salud» (Éxodo 15:26). La condición es doble: escuchar su voz, su palabra y seguir sus mandamientos, hacer lo que Él considera justo; de esa manera, como apunta el Nuevo Testamento, no habrá llanto, dolor o enfermedad, pues Dios mismo estará con ellos como su Dios. Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas pasaron (Apocalipsis 21:3b-4).

En segundo lugar, Dios pide a su pueblo adorarlo solo a Él, renunciar a toda idolatría; así, él no solo bendecirá su pan y su agua, sino que, además, apartará del pueblo toda enfermedad (Éxodo 23:25). Dios perdona todos los pecados y sana todas las dolencias de su pueblo (Salmos 103:3). Esta lectura teológica que hace el pueblo de Dios revela, de acuerdo con Mester (s. f., p. 5), por qué la Biblia condena la magia y prohíbe las consultas a los adivinos, cartománticos, encantadores y hechiceros (Éxodo 22:18; Levítico 19:26, 19:31, 20:6-27; Deuteronomio 18:10-11). La razón es una: solo Yahveh es Dios, a él adorarás, a él acudirás.

El enfermo, por su parte, clama a Dios, con la confianza y la convicción profunda de que él lo escucha, lo salva de su aflicción y lo sana (Salmos 107:19-20). Este, a su vez, se ha convencido de que Dios restaura el corazón quebrantado y cura sus heridas (Salmos 147:3). Asimismo, sabe que las palabras del sabio dan vida y salud a todo su ser (Proverbios 4:20-22). Por vía contraria, afirma Báez (2005) que la muerte se experimentará con todo su rigor cuando Dios opta por el silencio y calla (Salmos 28:1-2).

### **Salud y enfermedad en el Nuevo Testamento**

El Nuevo Testamento se origina en el siglo I, en el pueblo judío y en el contexto del Imperio romano: Galilea al norte, con capital en Samaria, y Judea al sur, con capital en Jerusalén. Cabe destacar que, siguiendo las tradiciones del Antiguo Testamento, en el Nuevo el hecho de estar enfermo o padecer alguna discapacidad (ceguera, sordera, lepra o algún tipo de parálisis) es consecuencia del pecado, en principio del enfermo

o de sus padres. Muchos casos son patentes en el Evangelio y terminan con la curación de Jesús. Es el caso de Eneas, el paralítico, mencionado en Hechos de los Apóstoles (9:32-34): ocho años inválido, habitante de Lidia, cuando Pedro le dice: «Jesucristo te sana. Levántate y arregla tu cama [...] se levantó».

Cabe recordar, como dice Pagola (s. f.) que «Jesucristo es el anuncio y el ofrecimiento de la salvación de Dios bajo forma de salud» (p. 1). Algunos exégetas extrapolan su atención en torno a la relación de Jesús con los enfermos. De este modo, olvidan que la salud es horizonte, objetivo e inspiración de su actividad mesiánica.

En el Nuevo Testamento aparecen otros casos en los que la salud es devuelta a personas que padecen de diversas enfermedades espirituales, psicosociales y biológicas: Lázaro ('Él ha ayudado, Dios ayuda'), a quien el Evangelio reconoce como amigo de Jesús («tu amigo Lázaro está enfermo»), es de quien se entrega información a Jesús. Para él, «esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Juan 11:3-4). Otro caso similar acontece con la hija de Jairo, cuya enfermedad lleva a la muerte y concluye, como también acontece con Lázaro, con la acción vivificadora de Jesús que resucita a una y a otro.

En clave teológica, es posible destacar en el Nuevo Testamento un sinnúmero de casos en los cuales la enfermedad es superada por la salud, la cual Jesús otorga como don divino a quien padece una condición valedudinaria. Entre ellos se cuentan: la suegra de Pedro (Marcos 1:30-31), el ciego Bartimeo (Marcos 10:46-52), la hija de una mujer sirofenicia (Marcos 7:24-30; Mateo 15:21-28), los enfermos (ciegos, sordos, paralíticos, jorobados, entre otros), y otros más a quienes Jesús curó al tener en cuenta su fe o la de sus acompañantes (Marcos 1:32-34; 6:55-56).

Jesús, ante la enfermedad corporal o psicológica, ve y siente una fuerza no posible para el médico. Dios le ha dado pleno poder de discernir ante los espíritus. Esto puede observarse en distintos momentos. Un primer caso que llama la atención ocurre con el paralítico del que nos habla Marcos (2:1-12), a quien Jesús cura su condición física y le devuelve su

pureza espiritual, perdonando sus pecados: «tus pecados quedan perdonados», dice Jesús al paralítico. No obstante, al leer la mala intención con que piensan los maestros de la ley sobre lo acontecido, después de interpelarlos, nuevamente habla al paralítico: «levántate, toma tu camilla y vete a casa».

Un segundo caso es el de Pablo, quien, herido con un aguijón o espina, afirma:

Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: «te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». (2 Corintios 12:7-9)

El tercer acontecimiento digno de mencionarse es el caso del ciego Bartimeo, hijo de Timeo, cuyo nombre significa ‘altamente estimado’ (Marcos 10:46-52). Aquí el enfermo es reconocido por su nombre, distinto al ciego de Betsaida (Marcos 8:22-25); el nombre de dicho pueblo significa ‘casa de la caza o de la pesca’. Vale la pena observar cómo a uno y a otro les devuelve la vista; en el primero, el ciego es llevado hasta donde está Jesús, él le mojó los ojos con saliva, le impuso las manos y poco a poco recobró la vista (Marcos 8:23-25). En el segundo relato, Bartimeo, al darse cuenta de que Jesús pasaba por allí, comenzó a gritar y va tras de él hasta ser escuchado. Jesús lo curó y Bartimeo se convirtió en seguidor de Jesús al recobrar la vista. Como estos, así muchos enfermos, leprosos, paralíticos, sordomudos, entre otros, recibieron la curación. ¿Qué veía Jesús en ellos para curar su enfermedad?

En síntesis, a pesar de todo el bien obrado por Jesús, en los relatos anteriores, cabe asentir con Pagola (s. f.):

No hemos de pensar sólo en las curaciones. Toda su actuación despierta y promueve salud auténtica: su condena de los mecanismos inhumanos y destructivos de aquella sociedad, su lucha contra comportamientos patológicos de raíz religiosa, sus esfuerzos por crear una convivencia más solidaria y fraterna, su ofrecimiento del perdón reconciliador de Dios, su ternura

hacia los maltratados por la vida, su ayuda para recuperar un corazón más limpio y atento al Espíritu... «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar (*sózzein*) lo que estaba perdido» (Lucas 19:10). (p. 2)

### **La posesión diabólica y el poder de Dios**

La posesión diabólica es, muchas veces, fruto de problemáticas bio-psi-co-sociales que afectan el espíritu y, en ocasiones, puede tener relación con alucinaciones o algún tipo de esquizofrenia. Esto trae consigo des-gracia y hasta ideas e intentos de suicidio, como ocurre en el Antiguo Testamento con el caso de Sara, quien poseída por el demonio Asmodeo (demonio de los esposos), asesinó a todos sus maridos, excepto a Tobías, quien por intervención divina pudo salvarse (Tobías 7:10-16). Es curioso ver que después de que Tobías realiza el ritual recomendado por el ángel —poner sobre las brasas el corazón y el hígado del pez—, el olor del pez expulsó al demonio que escapó por los aires hacia Egipto (Tobías 8:2-3), y así el personaje puede tomar a Sara por esposa y llevarla a casa de sus padres. En el Nuevo Testamento, siguiendo a Aguirre (2018),

se dice, muchas veces de forma genérica, que Jesús, poseído por el Espíritu de Dios —no lo olvidemos— expulsa a los espíritus inmundos. En el evangelio de Marcos leemos: «Pero ¿quién es éste al que hasta los espíritus inmundos obedecen? Recorría todas las sinagogas de Galilea y expulsaba los demonios». Cuando elige a los doce lo hace para que estuviesen con él y para enviarles a predicar y a expulsar a los espíritus inmundos. Se reitera en multitud de textos. (Marcos 1, 27, 34, 39; 3:10-12; 3:14-15). (p. 3)

En el Nuevo Testamento se pueden mencionar casos como el del endemoniado de Gerasa o Gadara (Marcos 5:1s), o la sanación brindada por Jesús al muchacho endemoniado (Lucas 9:37-43; Mateo 17:14-21; Marcos 9:14-29). En el segundo texto, el verso 42 es clave: «Y mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió con violencia; pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, y sanó al muchacho, y se lo devolvió a su padre». Por su parte, para Marcos la evidencia de que el hombre es liberado está dada por unos testigos que ven al endemoniado ya recuperado: sentado, vestido y en su juicio. Esto permite ver, en términos de Pagola (s. f.), cómo

la salud que Jesús promueve no es pues una simple acción médica, sino «el reflejo sobre el plano de la persona total, de la “Soteria”, es decir, de la vida en su máxima expresión». Es una acción sanadora integral que revela y encarna a ese Dios amigo de la vida, que se manifestaba ya como el Sanador de Israel: «Yo soy Yahvé, el que te sana» (Éxodo 15:26). (p. 2)

En sentido teológico, algo llamativo del texto de Marcos (5:1 y ss.) puede fundarse en el diálogo que establece la legión de demonios con Jesús. No solo lo reconoce como hijo de Dios, sino que le implora: «no te metas conmigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo, te ruego por Dios que no me atormentes» (Marcos 5:7). Y más adelante, al ver gran cantidad de cerdos, le pide: «“envíanos a esa piara y déjanos entrar en los cerdos”, y Jesús se lo permitió» (Marcos 5:12).

Posteriormente, viene la gente de la ciudad a ver lo sucedido. Al llegar «ven a Jesús, y al que había sido atormentado por el demonio, sentado, vestido y en su juicio cabal; y sintieron miedo» (Marcos 5:14-15).

### **Dios, el dador; el hombre desde la fe, el suplicante**

Entre los humanos muchos se preguntan: ¿quién es Dios? Para Zapata (2017), Dios es el dador, Dios no puede reducirse a un mero concepto o a una abstracción, no es una idea; es imposible reducir a Dios a un efecto de la razón, pues Dios es una experiencia de vida, una experiencia que transforma la vida y otorga la salvación. Así lo experimentaba el israelita del Antiguo Testamento y el judío del Nuevo Testamento. Dos textos de Juan dan testimonio de ello, pero en la Biblia abundan este tipo de textos; en cada una de estas narraciones la fe del hombre es esencial. En el capítulo 9 de Juan se narra la enfermedad de un ciego de nacimiento:

A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: —Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres? —Ni él pecó, ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida. (Juan 9:1-3)

Se observa en el texto anterior cómo el evangelista destaca la superación de las teorías de la retribución y de la responsabilidad personal del Antiguo Testamento. Pone por encima de ellas la obra de Dios (Juan 9:3), o lo que es igual, la gloria de Dios (Juan 11:4), reflejada en el bien hecho al prójimo para mostrar que el amor de Dios es misericordioso.

De modo similar, en Juan se narra la enfermedad y la muerte de Lázaro. Con el milagro realizado por Jesús al resucitar un muerto por enfermedad, se confirma aquello de revelar la gloria de Dios, quizás por eso dijo antes: «esta enfermedad no es de muerte, es para que se manifieste la gloria de Dios» (Juan 11:4). En esta misma perspectiva, vale la pena recordar el llamado de atención a Marta cuando están junto a la tumba: «¿no te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» (Juan 11:40). De acuerdo con Sicré (2014) «En el mundo antiguo, el milagro se consideraba algo normal, tanto en ámbito judío como griego» (p. 13). En los relatos anteriores, los milagros dejan para el evangelista Juan que la gloria de Dios llega al hombre para redimirlo y curarlo.

«Había un hombre enfermo llamado Lázaro, que era de Betania... cuando Jesús oyó esto, dijo: esta enfermedad no terminará en muerte, sino que es para la gloria de Dios, para que por ella el Hijo de Dios sea glorificado» (Juan 11:1-4). Bíblicamente, este nombre no representa solo a una persona, Lázaro, como su nombre lo indica, pues simboliza también a todo aquel necesitado que es ayudado por Dios.

Si en los relatos anteriores se resalta el rol de Dios, es claro que al hombre creyente se le pide orar con fe, suplicar, agradecer a Dios, confiado en que él escucha la voz humilde de quien grita, ora y pide con fe. Quizá, por eso, Santiago insiste en el valor de la oración a Dios implorando por el enfermo.

¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y, si ha pecado, su pecado se le perdonará. (Santiago 5:14-15)

En torno al texto, Parkenson (s. f.) observa:

Los ancianos oran por el enfermo. Acompañando la oración, Santiago añade la frase, «Ungiéndole con aceite en el nombre del Señor». La palabra «ungir» es *aleipho*. A diferencia de *krío*, que «tiene un uso relegado a prácticas sagradas o simbólicas», *aleipho* se empleaba a su vez para fines medicinales (Marcos 6:13-17). El aceite era una medicina común (Lucas 10:34). Por consiguiente, los ancianos aliviaron al enfermo mediante la aplicación de aceite. Es probable que «frotar con aceite balsámico» se aproxima mejor al sentido del texto. Combinaron la medicina con la oración. «En el nombre del Señor». (p. 3)

Nuevamente se hace referencia al don de Dios; él, como médico, sanará al enfermo y lo levantará, y si ha pecado, lo perdonará. La curación de Dios es integral y restaurativa. Al hombre, por su parte, le corresponde elevar el corazón a Dios y con espíritu humilde decir: «Creo, señor, ayuda a mi incredulidad» (Marcos 9:24).

### **Conclusiones**

En esta pequeña biblioteca que es la Biblia (setenta y tres libros), cuyo proceso escritural abarca un período de más de once siglos, en diversos momentos y contextos, para dar cuenta de la sabiduría que allí se atesora, se narra la historia de vida de dos pueblos: el judío y el cristiano, leídos desde la fe.

A través de los diversos contextos históricos y socioculturales en que fue escrita la Biblia, es mucho lo que se puede hablar del binomio salud-enfermedad, casi siempre leído teológicamente. Además, se relaciona frecuentemente lo biológico, lo psicológico y lo social con la espiritual, lo ético y lo moral (pecado-gracia).

Se manifiesta de esta manera cómo en el Antiguo y el Nuevo Testamento la enfermedad, desde una u otra perspectiva, afecta al hombre y trastoca su relación con Dios. Asimismo, cómo Yahvé o el mismo Jesús sienten compasión del hombre y buscan siempre su salud, su salvación, con lo cual se supera la teoría de la retribución, la teoría de la responsabilidad

personal del Antiguo Testamento, para revelar así al hombre la gloria de Dios en su hijo, Jesucristo.

En este sentido, el hombre en su angustia ora, grita, clama a Dios desde su dimensión profunda; Dios escucha, atiende y obra como el médico que sana (Éxodo 15:26). En esa dinámica de promesa y cumplimiento —en la que se escribe gran parte de la Biblia— se puede aseverar que en Dios padre y en Jesús, su hijo, se cumple lo dicho por el salmista: «él sana a los que tienen roto el corazón, y les venda las heridas» (Salmos 147:3), o como anunció Isaías: «él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades» (Isaías 53:4; Mateo 8:17).

## Referencias

- Aguirre, R. (2018). *Jesús y el Espíritu*. <https://web.unican.es/campuscultural/Documents/JESUS%20Y%20EL%20ESPIRITU.pdf>
- Armstrong, S. (2010). *La enfermedad y Dios en la Biblia*. <https://estudiobiblico.wordpress.com/wp-content/uploads/2010/08/la-enfermedad-y-dios-en-la-biblia.pdf>
- Báez, S. (2005). La sanación física y espiritual en la Biblia. *Revista Espiritualidad*, (64),183-213.
- De León Azcárate, J. (2011). «Yo soy Yahvé, el que te sana» (Ex. 15,26): enfermedad y salud en la Torá. *Theologica Xaveriana*, 61(171), 65-96. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&cpid=S0120-36492011000100003#:text=En%20definitiva%2C%20Ex%2015%2C26,del%20bienestar%20colectivo%20de%20Israel](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&cpid=S0120-36492011000100003#:text=En%20definitiva%2C%20Ex%2015%2C26,del%20bienestar%20colectivo%20de%20Israel)
- Eliade, M. (1967). *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama.
- Mester, C. (s. f.). *Los profetas y la salud del pueblo*. Consejo Latinoamericano de Iglesias. <https://repository.globethics.net/handle/20.500.12424/191660>
- García, S. y de La Lama, J. (2006). Génesis 3, 1-6. Era la serpiente la más astuta alimaña que Dios hizo. *Scripta theologica*, 38(2), 425-444.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2004a). *Prevención de los trastornos mentales. Intervenciones efectivas y opciones políticas*. [https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/78545/924159215X\\_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/78545/924159215X_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- OMS. (2004b). *Promoción de la salud mental. Conceptos, evidencia emergente, práctica*. [http://www.asmi.es/arc/doc/promocion\\_de\\_la\\_salud\\_mental.pdf](http://www.asmi.es/arc/doc/promocion_de_la_salud_mental.pdf)

- Pagola, J. (s. f.). *Acercamiento a la experiencia de la salud en Jesús*. Asociación de Profesionales Sanitarios Cristianos. <https://sanitarioscristianos.com/documentos/152.pdf>
- Parkerson, G. (s. f.). *El poder restaurador de la oración: una consideración de Santiago 5:14-16*. <https://obrero.fiel.s3.amazonaws.com/vida%20cristiana/pdf/El%20poder%20restaurador%20de%20la%20oracion.pdf>
- Proyecto Teología del Trabajo. (2014). *Los amigos de Job lo acusan de hacer el mal (Job 4, 23)*. <https://www.teologiadeltrabajo.org/antiguo-testamento/job/los-amigos-de-job-lo-culpan-de-la-calamidad-job-4-23/los-amigos-de-job-lo-acusan-de-hacer-el-mal-job-4-23>
- Ryle, J. C. (2020). La enfermedad es universal. *Portavoz de la Gracia*, (34), 1-4. <https://docplayer.es/201296972-Numero-34-la-enfermedad.html>
- Sicré, J. (2014). Biblia y ciencia. Puntos de conflicto e intentos de solución. *Proyección*, (254), 285-314.
- Sendrail, M. (1983). *Historia cultural de la enfermedad*. Espasa-Calpe.
- Stolz, P. (1978). Kommentar zu Peter Zweifels Referat "Wieviel ist eine zusätzliche Million für das schweizerische Gesundheitswesen wert?". *Swiss Journal of Economics and Statistics (SJES)*, 114(III), 473-477.
- Zapata, F. (2014). La espiritualidad un camino para la construcción de una personalidad saludable. En J. J. García Posada (Ed.), *Cuestiones actuales de teología. Extracto de tesis doctorales en Teología 2014* (pp. 113-143). Universidad Pontificia Bolivariana.
- Zapata, F. (2017). Dios, ¿quién eres?... Dios, ¿qué eres? *En-clave Social*, 5(1), 24-43. <http://revistas.unilasallista.edu.co/index.php/EN-Clave/article/view/1054/922>